

dor en los dos tomos de las *Antimemorias*, como si el recuerdo sólo fuese posible en la interlocución, demuestran, entre tantas otras variaciones, la inclusividad de lo real como ficción y de las pruebas de ficción que requiere lo real. Por eso, Bryce Echenique no ha visto un drama mayor en las interacciones de la «verdad» y la «mentira,» porque en su obra la ficción es la forma de verdad que el lenguaje libera.

Pero la licencia biográfica tiene, por cierto, sus propias reglas de juego. Supongo que las distintas categorías de mujeres en sus novelas, por ejemplo, que van de la esposa clásica a la Quimera improbable, terminan pareciéndose a sus personajes, como se decía de las mujeres de Picasso. Pero, irónicamente, como Alfredo tiene la mejor memoria del mundo, sería difícil resistir el cotejo y protestarle la versión. La verdad, se diría, es de todos modos aliviada por la empatía afectiva del recuerdo.

En el París de los años 70 no se podía comer con Alfredo sin ser interrumpido por alguna lectora en desgracia. En Lima de los años 90, hasta en el restaurante más remoto había que saludar a la pareja de lectores que no se atrevía a interrumpir. Me parece que he conocido a todas las modelos de estas novelas, y no en vano ha tenido él que escribir tantas novelas, pero no para recordarlas sino tal vez para exorcizarlas, convirtiéndolas, de puro cariño, en seres maravillosos. Cuando me dijo que todas ellas después de leer sus novelas se han hecho más amigas, le he dicho que ese es un largo camino a la amistad. Pero una de las novelas amorosas más conmovedoras de esta lengua es *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, verdadera elegía a la mujer, a la idea de la mujer, cuya vehemencia y humor remiten a la «pasión convulsiva» que en el relato amoroso perseguía Stendhal. Encendidas por la atención amorosa, estos seres excepcionales son de una fecunda arbitrariedad. El único problema con el amor es la idea mundana de la pareja. Y por eso en *La amigdalitis de Tarzán* se llega a una sana conclusión: desde que te casaste con otro hemos sido más felices.

Pero lo extraordinario no es que estas novelas sean autobiográficas (Bryce ha dicho que no podría haber podido sobrevivir todas esas vidas), lo extraordinario es que sean —en alguna zona del relato— biografías del lector.

Los lectores nos sentimos, de pronto, personajes de estas novelas, ya sea porque sus héroes y heroínas encarnan nuestros fantasmas, haciéndonos vivir ilusamente capítulos imaginarios de nuestras vidas imposibles; o ya sea porque estas novelas son la biografía emotiva de

nuestro tiempo. Por eso digo que Bryce Echenique es culpable de la tendencia dominante en la literatura latinoamericana actual, las ganas que tenemos todos de contar nuestras vidas buscando un lugar en la república (bryceana) de los afectos, allí donde la emotividad es más cierta porque cuando todo cae —y el Perú ha caído tanto— lo único que prevalece es la amistad.

La amistad, es decir, la conversación. Porque en la obra de Bryce Echenique la literatura tiene el protocolo y la promesa de una larga, viva, memorable conversación. La literatura peruana, creo yo, es desde el Inca Garcilaso de la Vega y Guamán Poma de Ayala una laboriosa, paciente, formidable conversación con nosotros mismos y con el mundo transatlántico, entre las varias orillas de las múltiples voces.

Los lectores de Bryce, al final, pertenecemos a esa comunidad del ágape. Y por eso leemos sus libros como instrucciones para mejorar el diálogo, como manuales para explorar el territorio emotivo de la charla, sus parajes y pasajes, donde encontramos a los interlocutores que nos ceden la palabra.

Y en el turno de la palabra mutua somos, de pronto, más humanos; o sea, mejores lectores.

Le debemos a Alfredo esa hospitalidad, esa nobleza.

Antonio Cisneros y Rodolfo Hinostroza

(Presentación de sus nuevos libros en Ediciones Aldus)

Hace cosa de 40 años que Cisneros, Hinostroza y yo somos amigos, aunque esta sea la primera vez que estamos juntos en un foro. En el año 61 conocí a Cisneros en los patios de la Universidad Católica, en la Plaza Francia, y a Hinostroza el 65 o 66, a su vuelta de La Habana, en los cafés de Lima. Conocí a los padres de Toño, que eran afectuosos y mundanos, y le hablaban a los amigos como si fueran de la familia. Y también a los de Rodolfo, que eran escritores desvividos por la literatura; su padre había sido condiscípulo del mío en el Colegio La Libertad de Huaraz, donde vestían de húsares con espadín al cinto. Me tocó escribir la primera reseña de *Destierro*, y leí *Consejero del lobo* como una revelación. Nuestra época empezó con el poema «La Noche» de Hinostroza, escrito en La Habana cuando la crisis de los misiles, el día que bien pudo ser el último de los días. Y terminó, me doy cuenta, el aciago día de 1963 en que mataron a Javier Heraud en Puerto Maldo-

nado. Al año siguiente, *Comentarios reales* de Cisneros abrió camino a la poesía crítica, con las únicas armas a mano, de la ironía y la denuncia. Y en el 65 estuvimos juntos en la muestra de poesía *Los Nuevos*, la primera apuesta por una opción definitivamente literaria. Rodolfo mantenía una suerte de tertulia filosófica, donde pasábamos revista a la teoría poética, la metafísica y el psicoanálisis. Me doy cuenta de que compartíamos, los tres, una idea de la poesía superior a nuestras fuerzas, como si la poesía fuese la forma final de una biografía.

Me acuerdo de la tarde de 1964 en que Toño y yo, en la Ciudad Universitaria de San Marcos, vimos al gran Emilio Adolfo Westphalen, que con paso cansino se alejaba. Toño me dijo: «Vamos a regalarle nuestros libros,» y corrimos para alcanzarlo. De pronto, yo dudé y me detuve: «¿Cómo le voy a dar mis poemas a Westphalen?» Debe haber sido mi bautizo de crítico.

Después, apenas cumplidos los 28 años, nos fuimos todos. Tuve tiempo, antes, de celebrar el premio Casa de las Américas que obtuvo Cisneros el 68 por *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*, el mejor de los libros de ese concurso. Toño se instaló en Londres, Rodolfo en París, y yo en Barcelona, luego de pasar por Estados Unidos y México. Con Mirko Lauer escribimos al alimón un manifiesto de la poesía de la hora, anunciada por Rodolfo y su libro parteaguas, al que llamamos «Obertura para una lectura de *Contra Natura*».

Después, ya de profesor en Austin, Texas, he recibido la visita plenaria de Cisneros, que culminó allí con la edición de sus libros reunidos, que Adolfo Castañón acogió de inmediato en el Fondo de Cultura Económica. Luego, pasó Hinojosa, que escribía una guía de viaje con calidad literaria y, de paso, comprobaba la calidad de las musas. Habiendo escrito sobre sus libros, habiéndolos difundido en mis antologías y analizado sus poemas en mis clases, no es raro que haya querido escribir como ellos, y que lo haya hecho en unos poemas atribuidos. Cuando en 1974 consideré volver a vivir en Lima, se me ocurrió glosar advertencias en la voz de mis amigos. Toño me decía: «No vuelvas por ejemplo hasta el 2.015/ cuando las aves marinas habiten la plaza San Martín.» Y Rodolfo: «Vuelve inmediatamente y súmate a la Idea».

En la obra de Antonio Cisneros se levanta nuestro paisaje emotivo, la inteligencia sensible de la época que nos tocó descifrar. Pocas veces un poeta ha hecho tanto con este idioma. Lo ha pulido como un instrumento de registro, dándole belleza y agudeza. Ha devuelto, se diría,

el instante a su plenitud, otorgándole una voz inconfundible al presente, haciendo más vivo nuestro plazo.

En la obra de Rodolfo Hinostroza cristaliza con brío nuestro debate con la modernidad. Pocas veces un poeta ha dicho tanto poniendo a prueba los límites del idioma, excediéndolos con la exaltación del canto, con el diagramado de la subjetividad deseante. En su poesía seguimos siendo la promesa de nuestra juventud; en su relato y teatro, los protagonistas de la pasión analítica de estar aquí.

La obra de Cisneros tiene la intimidad palpitante de nuestro soliloquio; la obra de Hinostroza, la vehemencia de nuestras demandas.

Ambas nos son imprescindibles, como el pan fresco y el buen vino.

Foro de Novísimos Narradores

Este es el tercer año que organizo para la FIL un foro de jóvenes narradores. En el primero estuvieron Jorge Volpi, Rodrigo Fresán, Cristina Rivera Garza e Ignacio Padilla; en el segundo, Edmundo Paz Soldán, Andrea Jeftamovic, Yván Thays, Antonio Ortuño, Florencia Abbate, Mayra Santos Febres, Adrián Curiel, Guadalupe Nettle y Jorge Carrión. Y para este tercero contamos con Margarita Posada (Colombia), Armando Luigi (Venezuela), Fernando de León (México), Luis Hernán Castañeda (Perú) y Llana Hadatty Mora (Ecuador). Esta serie es una apuesta por estos narradores, algunos ya de nombre y renombre, otros muy recientes, pero todos con la misma resolución de hacer de la literatura su territorio de destino.

La extraordinaria diversidad de estos jóvenes escritores ilustra el paisaje narrativo del nuevo siglo en su riqueza de estilos, tendencias, opciones y debates. Aunque en cierta medida provienen de la renovación formal de la literatura latinoamericana, de esa heredad de saberes que se forja en los años 60-70 y se convierte ya en una tradición sin autores, en una referencia común; en mayor medida se inscriben ellos en la escena anticanónica de los relatos actuales, allí donde se abre un espacio literario más fragmentario y más amplio, que es latinoamericano y contemporáneo, y donde los textos exploran su propio camino.

Estos cinco narradores traman, desde cada opción propia, tanto redes de acción nacional (participan en la discusión por el lugar de la literatura en su medio) como redes de interacción continental (son parte de un sistema más amplio, en formación); y coinciden aquí por